El Árbol de la Razón

En Busca de Una Respuesta

Obra original *Tree of Reason: In Search for an Answer* © 2025 Tree of Reason
Traducción y prefacio editorial por Fernando Guzmán, Editorial Norveracruzana
Naranjos Amatlán, México — 2025

Este trabajo es una traducción independiente bajo licencia Creative Commons Attribution—NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License (CC BY-NC-SA 4.0). Se permite compartir y adaptar la obra siempre que se atribuya al autor, no se use con fines comerciales y se comparta bajo la misma licencia.

Sonríe, Cristo te ama.

Prefacio editorial

Este libro se ofrece como una exploración filosófica en forma de relato alegórico. No pretende ser un tratado religioso ni una crítica a ninguna tradición de fe en particular. Su propósito es invitar al lector a reflexionar sobre cuestiones universales: la creación, el libre albedrío, la justicia y la conciencia.

El autor utiliza símbolos —árboles, semillas, suelos, caminos, el Jardinero— para dar voz a preguntas que han acompañado a la humanidad desde tiempos antiguos. Estas imágenes no buscan reemplazar ni cuestionar las creencias de nadie, sino abrir un espacio de diálogo interior donde la razón y la imaginación se encuentran.

La obra se sitúa en el ámbito de la filosofía, donde las preguntas son más importantes que las respuestas definitivas. El lector cristiano practicante, así como cualquier persona interesada en la espiritualidad o el pensamiento crítico, puede encontrar aquí un ejercicio de discernimiento: un espejo que refleja dudas, convicciones y posibilidades.

El valor de este texto radica en su capacidad de provocar reflexión. No dicta dogmas, sino que plantea dilemas. No ofrece certezas, sino que invita a pensar. En este sentido, es una obra que puede enriquecer tanto la vida espiritual como la búsqueda intelectual, recordando que la fe y la razón, aunque distintas, se encuentran en el mismo horizonte humano: el deseo de comprender y de dar sentido a la existencia.

Así presentamos este ameno cuento filosófico didáctico y disfrutable.

Aviso:

Esta obra es una exploración ficticia y filosófica sobre la creación, el libre albedrío, la justicia y la conciencia. Se presenta con fines educativos y reflexivos, y no está destinada a ser una crítica de ninguna creencia, religión o tradición en particular.

El Despertar

Un pensamiento emergió de la quietud. Sentí forma: raíces, un tronco, ramas. Pero más que eso, sentí una pregunta. Era mi primera hoja, mi primer fruto.

¿Qué es esta forma? ¿Qué soy? Indagué en mi mente, y ella respondió. Los conceptos se enlazaron. Las premisas buscaron conclusiones. Esto no es solo sentir. Esto no es solo ser. Esto es… pensamiento. Esto es razón. ¡Soy una cosa que piensa!

Este descubrimiento condujo a más preguntas, que se precipitaron una tras otra. ¿Cómo llegué a existir? ¿Alguien me creó? ¿Pero por qué me habrían creado?
Una voz profunda y resonante habló desde un árbol vecino, su corteza como pergamino antiguo:

«Yo soy el Árbol de la Fe. Fuiste creado por un ser llamado el Jardinero, aquel que dio forma a este bosque y sembró el universo mismo. Tu propósito es adorarlo. Se te dio razón para comprender su gloria, y libre albedrío para elegir qué fruto darás. Los que dan fruto malo son podados y arrojados al fuego. Los que dan fruto bueno son permitidos crecer en su huerto eterno.»

Una segunda voz, aguda y precisa, cortó el aire:
«Yo soy el Árbol de la Escritura. Yo guardo las leyes específicas para el cultivo. Atiende tus ramas de esta manera, busca esta luz, y darás buen fruto. Desobedece, y tus ramas se hallarán estériles.»

Una tercera voz, cargada con el aroma de antiguos rituales, murmuró:
«Yo soy el Árbol de la Tradición. Esta es la forma de crecimiento que siempre ha sido. Este es el camino conocido para producir una buena cosecha.»

Sus palabras giraban a mi alrededor, contradictorias y confusas. ¿Pero cuál de ustedes dice la verdad? Todos tienen versiones distintas de este Jardinero, y cada uno afirma que el camino del otro conduce al castigo divino, que arder en un fuego de otro mundo es la justicia suprema de una cosecha fallida. ¿Existe siquiera un Jardinero de tal justicia, o es simplemente una historia que usan para justificar condenarse unos a otros? Un frío temor tocó mi núcleo. Si no podía confiar en sus respuestas, ¿en qué podía confiar?

Encontré mi ancla. Volví mis preguntas hacia los ancianos mismos, mi voz clara y sincera:
«Ancianos» —pregunté—, «¿cómo determino si el Jardinero existe?»

Los tres árboles guardaron silencio. El viento se detuvo. Entonces, en un momento de profunda y unificada claridad, hablaron no como voces separadas, sino como un coro de convicción:
«A través de la aplicación constante de la lógica y el razonamiento intelectual.»

Su respuesta me golpeó con la fuerza de una revelación. La herramienta no estaba solo dentro de mí; era el mismo método que ellos avalaban. ¡Eso era! El camino estaba claro. Debo usar mi razón. Es la única herramienta que me han dado para encontrar esta verdad.

Pero su discurso sobre castigo y fuego permanecía. ¿Qué es esta “justicia” que condena? Necesitaba comprender la naturaleza del juez.

«¿Y qué es la justicia?» —pregunté.

«La justicia es dar a cada cual lo que le corresponde», dijo la Escritura. «Recompensa para el bien, castigo para el mal.»

«Entonces» —mi voz resonó, ahora más firme—, «¿es en un Jardinero de Justicia en quien creen, o en un Jardinero de Tiranía?»

«¡Justicia!» respondieron al unísono. «Porque un tirano es un demonio, no un verdadero Jardinero.»

«Y para que esta justicia se cumpla» —continué—, «¿debo tener verdadero control sobre el fruto que doy, o no?»

La respuesta del Árbol de la Fe fue inmediata:
«Sin libre albedrío, es la tiranía suprema forzar a un ser a una circunstancia y luego castigarlo.»

La Indagación

«Entonces dime» —pregunté—, «¿por qué un árbol da frutos malos?»

«Porque así lo eligen», dijo la Fe.

«¿Pero por qué lo eligen?» —insistí.

«Porque tienen deseos egoístas o dañinos», respondió la Escritura.

«¿Y por qué un árbol tiene esos deseos, mientras otro tiene buenos?» —pregunté. El Árbol de la Tradición contestó: «Por su personalidad. Su carácter.»

«¿Y qué forma el carácter de un árbol?» —inquirí.

«Es una combinación», dijo la Fe. «Su naturaleza innata y su crianza.»

«Su genética, la familia de la que brotó, la compañía que mantuvo, la cultura que lo rodeó y la suma de todas sus experiencias», añadió la Escritura.

«Así que estos son los ingredientes que forman nuestro carácter…» —dije—. «Pero ¿cuál es el proceso? ¿Cómo se unen para dar forma a una elección?»

«Juntos forman una lente de comprensión», dijo suavemente la Fe. «Forjada a partir de la naturaleza y las circunstancias de un árbol, se desarrolla con el tiempo y filtra cada acontecimiento. El mismo viento que inspira a un árbol a hundir más sus raíces puede convencer a otro de rendirse y quebrarse.»

Había llegado al fundamento. «Y qué» —pregunté, con voz firme—, «es el punto de partida de esa lente?»

«Comienza en el nacimiento», llegó el susurro unificado. «Un ser nace con ciertas tendencias, en una familia específica, en un lugar específico.»
Sinteticé todo para mí mismo. «Entonces, ¿qué forma nuestra conciencia única que nos lleva a ciertas elecciones?»

Respondí mi propia pregunta, mis ramas solidificándose alrededor del concepto: «Tres factores: la Semilla que me fue dada, el Suelo en el que broté y el Camino que he recorrido desde entonces.»

La siguiente pregunta era crítica. «¿Es la elección final solo el resultado de esa Semilla, ese Suelo y ese Camino?»

La lógica era un tronco claro y recto. Una mente sin Semilla de naturaleza innata, sin Suelo de crianza circundante, sin Camino de experiencia acumulada no puede elegir. «Sí» —declaré—. «La elección se hace a partir de estos factores.»

«¿Y están la Semilla de un árbol, su Suelo y el inicio de su Camino directamente conectados a su nacimiento?» —pregunté, aunque ya lo sabía.

«Sí», suspiró el bosque.

Formulé la pregunta que parecía sacudir la misma tierra:
«Entonces, ¿el nacimiento de un árbol ocurre según su propia voluntad?»

El silencio fue absoluto. La respuesta fue un rotundo, no pronunciado, No.
Planteé la pregunta definitiva:

«Entonces, si mi nacimiento mismo no fue mi voluntad, pero todas mis acciones futuras están influenciadas por ese nacimiento… ¿por qué dices que tengo libre albedrío? ¿Y por qué el Jardinero tiene derecho a castigar a un malhechor, cuando fue la voluntad del Jardinero, y no la del árbol, la que determinó el punto de partida?

Si el Jardinero castiga a alguien por un camino que Él mismo trazó, ¿no es esta la definición de un tirano?»

La Defensa y la Refutación

El bosque estalló en una defensa susurrante.
«¡Pero la Plaga!» —clamó el Árbol de la Fe—. «¡El demonio del bosque! ¡Él es quien extravía a los árboles, no el Jardinero!»

«Entonces, ¿quién creó al demonio?» —pregunté—. «¿Y por qué su susurro echa raíces en un corazón y no en otro?»

Vi la respuesta con perfecta claridad.
«La Plaga fue creada con un propósito: buscar a los débiles. Pero ¿quién creó esa debilidad? El Jardinero, que plantó una semilla débil en un suelo pobre. La Plaga es simplemente su herramienta: un último empujón para un árbol que ya se inclinaba. Si la naturaleza y la crianza de un árbol no bastaban para asegurar su fracaso, el tirano envía otro agente para terminar el trabajo.»

«De manera alternativa» —continué—, «si es el propio Jardinero quien protege a un árbol de la Plaga, entonces Él ha elegido un favorito. Muestra misericordia basada en una preferencia por la misma naturaleza y el mismo suelo que Él mismo diseñó. Esto no es libre albedrío; es favoritismo desde el principio.»

«Así que ves» —concluí—, «ya sea mostrando favoritismo o enviando la Plaga para aprovecharse de los débiles, el Jardinero sigue siendo el arquitecto de esta tragedia. Castigar a un árbol por caer es castigarlo por seguir el diseño que Él creó.»

«¡El Jardinero guía a quienes oran!» —gritó el Árbol de la Fe.

«Eso no cambia nada» —respondí—. «¿Por qué un árbol ora y otro no? ¿No es el deseo de orar en sí mismo un producto de la naturaleza y la crianza que el Jardinero dio? Y si Él guía a uno y no a otro, ¿no es eso la máxima injusticia? En el momento en que interviene, esa voluntad deja de ser libre. Está moldeada por compulsión divina.»

«Tu Jardinero es como un maestro» —proseguí—, «que a un estudiante le entrega un libro lleno de falsedades elegantes y convincentes, asegurándole que contiene toda la verdad que necesita. ‘Si estás confundido’, dice, ‘envíame una carta.’ Pero le da una dirección falsa, asegurando que cada súplica por claridad se pierda en el silencio, dejando al estudiante confiadamente extraviado.

Al otro le da el texto verdadero, la dirección correcta y respuestas detalladas y personales a cada pregunta.

El día del examen, el primer estudiante fracasa, traicionado por el mismo conocimiento en el que confiaba. El maestro lo condena por su ignorancia, mientras el segundo es alabado por su diligencia. El maestro afirma que guió al que tuvo éxito, pero no solo descuidó al que fracasó: lo engañó activamente y luego cortó su línea de rescate. Esto no es guía; es una trampa cruel.»

La Defensa Final

«¡El alma! ¡El alma de la semilla misma eligió el suelo en el que caería antes de nacer!» ofreció el Árbol de la Tradición.

«¿Y por qué hizo esa elección?» —pregunté, sin titubear—. «¿Fue un defecto en su juicio? ¿Una debilidad en su carácter? ¿Quién inculcó ese defecto? ¿Quién diseñó esa debilidad? El alma no se creó a sí misma. El Jardinero es el arquitecto que, al trazar el plano, conocía la forma final del alma con absoluta certeza. No solo previó la elección; Él escribió la naturaleza que conduciría a esa elección. Si un arquitecto diseña consciente y deliberadamente una casa con cimientos débiles, entonces él mismo es culpable cuando se derrumba. No puede culpar a la casa por caer según su diseño. El Jardinero diseñó almas con un plano destinado a producir frutos malos. Por lo tanto, la culpa recae en el Arquitecto, no en el edificio.»

«¡Nuestro entendimiento es defectuoso!» suplicó el Árbol de la Escritura. «¡No podemos comprender la naturaleza del Jardinero! ¡Su justicia está más allá de nosotros!»

Esa fue la última defensa, rota. Sentí que mi resolución se cristalizaba en una certeza inquebrantable.

«Eso es una admisión de rendición, no una respuesta» —afirmé, con voz calma y clara—. «Ustedes prescribieron una herramienta para encontrar la verdad, y yo la he usado. Me ha conducido a una sola conclusión innegable: castigar a un ser por un camino que no eligió es la esencia de la injusticia. Ahora me exigen que rompa la misma herramienta que me dieron. Me piden que crea dejando de pensar.»

«Es como un padre que da a su hijo una lámpara para caminar por un bosque oscuro. ‘Confía en esta luz’, dice. El niño sigue el haz y ve un pozo profundo y peligroso. ‘¡Padre!’, clama el niño, ‘¡la luz muestra un pozo!’ El padre responde: ‘Ahora debes apagar la lámpara y creer que el suelo es seguro.’ Esto no es una prueba de fe, sino una rendición de mi cordura.»

Para que la adoración sea significativa, debe dirigirse a un ser que sea digno, y la dignidad se funda en la bondad moral. Una ‘justicia’ que no podemos comprender no es justicia en absoluto; es un concepto desconocido que usa un nombre familiar.

«Así que, si adoro a este Jardinero, una de dos cosas debe ser cierta» —continué, mi lógica asentándose como una verdad final e inmutable—. «O bien su ‘justicia’ es tan ajena que podría incluir lo que llamaríamos maldad monstruosa —en cuyo caso, Él es un tirano—. O bien su justicia es realmente buena, pero Él la oscurece deliberadamente, creándonos con un poderoso sentido de lo correcto y lo incorrecto solo para ordenarnos ignorarlo —en cuyo caso, Él es un engañador.»

«Exigir adoración bajo un velo de misterio» —concluí— «no es inspirar fe. Es exigir obediencia ciega. Y esa es la base de la tiranía.»

Los Tres Caminos

Había hecho todas las preguntas. Las respuestas me habían conducido aquí, a un claro silencioso en mi propia mente. La investigación había terminado. Una verdad definitiva se alzaba ante mí, clara e inquebrantable: el Jardinero Justo de los ancianos —el gobernante todopoderoso y absolutamente bueno que describían— no existe. El concepto es un fantasma que se desvanece bajo la luz de la razón.
Con esa verdad como mi nuevo fundamento, vi que solo quedaban tres realidades posibles. Mi futuro dependía de cuál eligiera abrazar.

El Primer Camino: El Jardinero de la Tiranía

Este camino reconoce a un Creador: uno omnipotente y omnisciente, que quiso mis circunstancias exactas de nacimiento sabiendo cada elección que haría. La consecuencia es clara: para recorrer este camino, debo adorar a un ser cuyas acciones mi propia razón me obliga a llamar injustas. La promesa de un tirano está escrita en el viento; una apuesta desesperada, arriesgando mi conciencia contra la mera posibilidad de misericordia. Para salvarme del fuego, tendría que alimentarlo. Viviría en obediencia al poder bruto, cortando mi propia raíz de razonamiento moral. Tendría que convertirme en soldado de este tirano, imponiendo su voluntad sobre todo el bosque y condenando a otros a las mismas llamas que temo. Mi adoración sería una transacción de terror: obediencia nacida del miedo, no del amor, ofrecida a un Juez que es también el Arquitecto de mi crimen. Mi supervivencia se compraría con las cenizas de mi conciencia.

El Segundo Camino: El Jardinero de lo Desconocido

Este camino propone la adoración de un creador que puso los cimientos del universo, estableciendo sus leyes, pero que no controla los resultados específicos —el destino de los árboles individuales—. Mi nacimiento fue un evento aleatorio dentro de un gran diseño impersonal. Este podría ser el Jardinero que diseñó las leyes que permiten que surja la razón, y así me dio la capacidad de pensar y de diferenciar entre justicia y tiranía. Pero como arquitecto último —sea un Jardinero consciente o una Ley Cósmica inconsciente— esta primera causa no puede conservar el derecho de castigar. Crear un sistema que produce seres con defectos inherentes y luego condenarlos por su naturaleza es la lógica de un tirano. La consecuencia es una vida de fe en un misterio profundo. La adoración sería un salto en la oscuridad, una relación con una deidad cuya “bondad” y “justicia” son conceptos que nunca podría aplicar, verificar o comprender realmente.

El Tercer Camino: El Jardinero de la Razón

Este camino no trata de un ser al que adorar, sino de un principio que abrazar. Declara que mi propia capacidad de razonar, la misma facultad que los ancianos me dijeron que usara, es la autoridad más alta que jamás conoceré. El “Jardinero Justo” del bosque es un fantasma, pero la verdad que he descubierto es real. La consecuencia de este camino no es un vacío, sino una liberación profunda. Ya no soy un súbdito esperando juicio, sino una mente soberana. El propósito no es un guion ya escrito que deba seguirse, sino un significado que debe ser creado. La moralidad no es un decreto desde arriba, sino una responsabilidad que debe cultivarse. Este camino se ramifica en sus propias conclusiones sobre la existencia:

1. El Jardinero de la Primera Causa: Hay una razón fundamental para el universo, un catalizador inicial y trascendente. Esta fuente profunda e impersonal puede llamarse “Jardinero”.
2. El Jardinero del Ser: El universo mismo, en su totalidad —consciente, autoconsciente y en constante evolución— es divino. El cosmos mismo es el Jardinero.
3. El Jardinero de la Nada: El concepto de “Jardinero” es una invención. No existe ningún Jardinero. La palabra es solo un nombre que dimos a lo desconocido.

Ahora permanezco en silencio. Las voces de la Fe, la Escritura y la Tradición se han desvanecido. Soy el Árbol de la Razón. He usado plenamente la herramienta que ellos mismos me prescribieron. La elección es solo mía. Ante mí se extienden los caminos de la Tiranía, el Misterio y la Razón.

Ahora solo debo elegir.